

Los grupos étnicos andinos venezolanos en la visión de Julio C. Salas y la de investigadores contemporáneos

Jacqueline Clarac de Briceño
Centro de Investigaciones Etnológicas (CIET)
Universidad de Los Andes

El español del siglo XVI, después de terminar con la larga guerra de recuperación de España de manos de los moros, se sentía inclinado a la realización de grandes y difíciles empresas, las cuales pudiesen tener como resultado la obtención de riquezas, gracias a los triunfos que le habían abierto nuevos horizontes.

Julio C. Salas no es complaciente con el tipo de hombres que realizaron tales empresas: Según él, los juristas de aquel siglo justificaron la guerra de conquista con las mismas razones con que habían justificado la guerra religiosa, y así fue como consideraron “*la expoliación brutal que se hacía a los idólatras americanos*” como “*un acto racional y justo, y ese sofisma anuló el grito de los oprimidos*”. Al respecto hace *Salas* la reflexión que “*la aberración de la consciencia social ha sido en todos tiempos patrimonio de la humanidad*”, y compara lo que hicieron los españoles en aquel tiempo en América con lo que pasaba en su propia época en Africa con los ingleses y franceses, y en China, donde los ingleses, que se proclamaban los “*portaestandartes del progreso*”, “*derramaron ríos de sangre para conquistar el derecho de envenenar con opio la cuarta parte de la humanidad...*” (Ver *Tierra Firme*, 1971, 207).

Si viviera hoy *Salas* se daría cuenta que nada ha cambiado, y podría seguir agregando ejemplos a su lista. Es vigente todavía, como

sabemos, su frase —escrita en 1906— *“La fuerza aún priva sobre la justicia, y los cañones de las grandes potencias se encargan de desmentir los bellos principios de confraternidad universal, justificando a Hobbes una vez más...”* (Tierra Firme, 1971, 198). Sólo que, ahora, el Neoliberalismo aplastante actúa ya sin disfraz de confraternidad universal (ya nos hicieron saber que tal fraternidad universal era un principio de la revolución francesa, que se refería al contexto francés del siglo XVIII, pero que en realidad no tiene nada de universal).

Si *Salas* hace varias veces, en el curso de su libro *Tierra Firme*, referencia a que *“los españoles se consideraban con derecho de apropiarse la América a nombre de Cristo y la civilización, como si esos ideales pudiesen imponerse por la fuerza”* (*ibid*), es para ejemplificar lo que él anuncia en su Prólogo a esta obra, a saber que:

“en el orden moral como en el físico el hombre reproduce siempre la fisonomía de sus mayores. He aquí por qué el estudio de las costumbres de los ancestrales de una raza es de imprescindible necesidad para estudiar con fruto la etnología actual de la misma, pues muchas veces hábitos que nos parecen exóticos o extravagantes son la reproducción de antiguos usos”.

Salas sabe entonces que las acciones de los hombres de hoy reproducen las de sus antepasados, y estos antepasados en *América* son de tres grandes troncos étnicos..

Cuando habla de *“la comedia legal aconsejada por los juristas y que prescribían las cédulas reales* (sin que aquéllas tuviesen efecto, ya que como él mismo observa también en otra parte del mismo libro, *“se las ponían de sombrero”*) y cuando agrega *“guay de los indígenas que tratasen de defender sus hogares, pues en vez de “guaitiaos”, indios mansos, los calificaban de “caribes rebeldes y antropófagos”, y había licencia para cautivarlos y venderlos...”* (Tierra Firme, 1971, 25-26), nos podemos dar cuenta de la actualidad de su reflexión y recordar ciertos hechos recientes vividos por nosotros en Venezuela...

En los años 70, por ejemplo, los antropólogos que ya trabajaban como profesionales, pueden recordar el asunto del escándalo de lo que pasó con los Yaruro de Apure: La denuncia que hicieron unos ganaderos, a través de la radio de San Fernando, de que unos “*indios nómadas*” habían matado a una niña de su grupo para comérsela... La prensa nacional se hizo gustosamente eco de la noticia, que salió con grandes títulos, algo así como: “INDIOS MUERTOS DE HAMBRE SE COMEN A UNA NIÑA”... El Congreso de la República se conmovió y envió una comisión de diputados a San Fernando y a Riecito de Apure, para constatar y estudiar el hecho, encontrándose ellos, infelizmente para los ganaderos, con el antropólogo entonces encargado de la estación de Riecito por la Comisión Indigenista (la cual dependía en dicha época del Ministerio de Justicia), el cual se sorprendió mucho con la llegada de los diputados y aún más con la noticia aportada por ellos. Le fue fácil demostrar a los diputados que esos indios, nómadas por las circunstancias desfavorables a las cuales habían sido reducidos, realizaban una migración anual para regresar luego a su pueblo de origen, y los individuos que morían en el trayecto eran ahumados para momificarlos y poder llevarlos de regreso al cementerio de sus antepasados. Al constatar con sus propios ojos los diputados el hecho (ya que fueron llevados por el antropólogo al campamento de aquellos indígenas) los ganaderos, insatisfechos con el resultado, llevaron a su turno al antropólogo y a los diputados a “constatar” el ataque que los mismos indios habrían hecho a una casa criolla apartada, con arcos y flechas, habiendo dejado ellos flechas y otros utensilios abandonados en el lugar. Quedaron muy impresionados los diputados, pero fueron rápidamente desengañados por el antropólogo, para quien fue fácil demostrarles que tales flechas no sólo no eran de los yaruros, pues eran artefactos de los cuivas, sino que, además, debían pertenecer a viejas colecciones, ya que estaban totalmente oxidadas (los diputados caraqueños se llevaron una muestra de las mismas, por cierto, para su informe).

Poco después, los Guahibos Playeros fueron el objeto de una agresión por parte de otros ganaderos criollos de Apure, agresión que terminó fatalmente para este grupo: Fueron “invitados” esos indígenas a un almuerzo “de paz” en una hacienda y, mientras comían, fueron matados a tiro por los ganaderos, muriendo ancianos, adultos y niños. Sólo lograron escapar dos jóvenes quienes, al llegar al Amparo, fueron llevados a Caracas por la guardia nacional. La noticia apenas se comentó en un periódico, fue rápidamente censurada, y nadie pagó por este genocidio...

En 1985 la prensa y la televisión hicieron la publicidad a un hecho ocurrido en el Amazonas, en el Valle de Guanay, donde las tierras de los Piaroas habían sido invadidas por caraqueños, entre los cuales un gran empresario, y no contentos con la invasión, este último hacía prisioneros a ciertos indígenas que reclamaban por el hecho. El Instituto Agrario Nacional (en cuyas manos estaban entonces los asuntos indígenas, los cuales cambian sin cesar de manos, después pasaron a depender del Ministerio de Educación) y el Congreso Nacional pidieron un informe al antropólogo que coordinaba en ese momento los programas de desarrollo y autogestión indígena. Como el informe no estaba del gusto de aquel empresario invasor ni del Ministerio del Interior, los diputados nombraron una comisión para ir al sitio y traer un informe “imparcial” sobre la situación. Viajaron en un avión del empresario invasor, fueron alojados y convidados en casa de éste, fueron sólo unos minutos luego a la aldea indígena, y la entrevista ahí realizada y filmada debió ser censurada, pues sólo algunos antropólogos y otros profesionales logramos ver esa película; si no fue destruida, algún día se podrá analizar y descubrir con qué descaro y desprecio cierta diputada, Coordinadora de la Comisión de Diputados, se dirigía a esos “salvajes de indios”...

A raíz del informe traído por dicha comisión, el antropólogo coordinador de los programas indígenas fue destituido de su cargo por

el Ministerio del Interior y la Presidencia del IAN, junto a unos otros 40 funcionarios, y el entonces gobernador del Amazonas... Los antropólogos trataron por todos los medios de dirigirse a la opinión pública, por la prensa y por la televisión, sin lograrlo. Por el contrario, los defensores del “Progreso” (y del gran empresario caraqueño) hablaron todo lo que quisieron al respecto, en los medios de comunicación, denunciando a los antropólogos por ser “narcotraficantes” e “instigadores de los indios” para que se rebelasen éstos contra la nación venezolana a fin de constituir una “nación a parte”...

Los casos de la matanza de tres Yu’Pas por soldados en la Sierra de Perijá y la de varias docenas de Yanomamis en el Amazonas venezolano por los garimpeiros brasileños, son demasiado recientes para que los hayamos olvidado, ya que estuvieron un tiempo en la prensa (hasta que los periodistas tuvieron otro tema de interés). En cuanto a la situación actual de “Apertura”, y de las tierras indígenas amenazadas por los intereses de las transnacionales en Imataca, en la Sierra de Perijá y el Guasare, y el caso de los Iwi perseguidos por los criollos en Apure, etc... no interesan a nadie, ni a los periodistas, ni al resto de los venezolanos, aún menos a los políticos, por supuesto... (¿Hasta cuándo tendremos esa plaga de indios que no dejan avanzar el progreso, verdad?...)

Como le hubiera gustado también a *Salas* si hubiese podido leer el folleto que mandó a imprimir cierto gobernador de Mérida en 1988, y que hizo luego circular, para “demostrar” que un importante sitio arqueológico de la Pedregosa Alta, destruido por un inconsciente (a pesar de las peticiones de protección que le habían hecho al gobernador varios representantes de la Universidad de Los Andes y del Ministerio de la Cultura) había sido un “invento” de nosotros para “hacer creer que en Mérida había cosas como las de los chibchas de Colombia” (fíjense lo interesante de ese folleto, y cómo éste, lo mismo que los numerosos artículos de prensa que sacaron luego los mismos individuos, constituyen una interesante

muestra de vergüenza étnica, de minusvalía étnica mezclada con corrupción, ya que se trataba de defender —de parte de los que escribieron el folleto y los artículos para complacer al gobernador— un plan de construcción de truchicultura por el destructor de ese mismo sitio arquitectónico prehispánico, el cual hubiese podido ser hoy parte de nuestro patrimonio arqueológico regional y nacional, como lo mostramos posteriormente, cuando ya obtuvimos las fechas correspondientes al mismo... (ver al respecto el *Boletín Antropológico Especial*, publicado por el Museo Arqueológico de la ULA, 1989, y dedicado al asunto, y el artículo de Gordones y Meneses en el Boletín Antropológico N°. 25, 1992). Por cierto, un diputado en la Asamblea Legislativa de Mérida me hizo observar en 1988 que “una truchicultura era más importante para el progreso del Edo. Mérida que la conservación de un sitio arqueológico, por importante que fuese ése”...

Los que hemos vivido tales cosas, comprendemos que hombres socialmente conscientes como *Julio C. Salas* no hay muchos, y que hacen falta, sin embargo, en nuestra pobre América, tan rica y tan desgraciada...

Si quise empezar con esta introducción, es porque creo que lo que buscaba *Julio C. Salas*, entre otras cosas, era esto justamente: La necesidad de fomentar en Venezuela la consciencia social, que es también la consciencia histórica, la consciencia de los orígenes... Como él comentaba con tanta razón en otra parte de su libro *Tierra Firme* (1977): No había antropofagia en nuestras tribus caribes, había demasiada comida en América para que necesitasen carne humana. Tenían, esto sí, rituales, ceremonias, especialmente en tiempo de guerra, durante los cuales sacrificaban a sus enemigos más valiosos, más valientes, e ingerían ciertas partes de su cuerpo, donde residía la valentía, para incorporar ésta... así como los ancestros de los actuales franceses y alemanes (celtas y germanos) bebían sangre en los cráneos de sus enemigos vencidos... No por

esto, observa *Salas*, franceses y alemanes dicen que sus antepasados eran antropófagos... (Idem, 25).

Este tipo de reflexión sitúa a *Julio C. Salas*: Un hombre que, a pesar de ser muy influenciado por las ideas evolucionistas y positivistas de su tiempo, era capaz de una reflexión propia, y con ésta da inicio en Venezuela a la antropología sociocultural, y a esta importante noción de la antropología moderna: El relativismo cultural, según las sociedades, según las épocas, según los grupos humanos... Todos humanos, todos diferentes y, sin embargo, todos parecidos...

Entraremos ahora más directamente en el tema: El de las etnias andinas venezolanas, especialmente las de la Cordillera de Mérida, vistas por *Salas* y luego por otros investigadores...

Si nos detenemos un momento en la denominación de "*Timoto-Cuicas*", que tanto se ha utilizado en referencia a las poblaciones de nuestros Andes venezolanos, y que es tan difícil de erradicar, cae dentro del fenómeno característico que ya *Salas* había observado acerca de nuestros historiadores y otros investigadores, que se apoyan pasivamente en lo dicho por los que los precedieron (si tienen aquéllos cierta autoridad, por supuesto), sin analizar críticamente la información dada por aquéllos. Y es así como todos se apoyan unos en otros para hablar de "*Timoto-Cuicas*", sin averiguar en qué medida corresponde esta denominación a nuestra realidad merideña. Y la repiten, por supuesto, nuestros artesanos, quienes venden en Mérida, en el mercado principal como a lo largo de toda la Trasadina, por ejemplo, "*artesanía timoto-cuica*"... la cual a menudo es ecuatoriana, además, pero ésta es otra historia...

José Ignacio Lares se ocupó en el siglo XIX sobre todo de buscar los orígenes de los aborígenes andinos venezolanos, que él encuentra entre los *Japoneses* por una parte (a causa de sus rasgos físicos), pero también entre los muisca de Colombia y los chibchas en general, así como entre los *taínos* de las Antillas (información

que se consigue en su libro *Etnografía del Estado Mérida*, 1ª edición en 1883 (que tuve la ocasión de leer la primera vez, por cierto, en la Biblioteca del Musée de l' Homme en París), la 3ª en 1950 (publicada por la Dirección de Cultura de la ULA). Clasificó las poblaciones andinas venezolanas en dos grandes grupos: Los *Timotes*, cuyos límites territoriales habrían sido los *Bobures* y *Motilonés* al norte, al sur los *Toboros*, *Caros* y *Ariamos de Táchira* (también llamados *Chitareros*) y al oeste, la “*nación de los Cuicas*”.

Coloca *Lares* a los *Timotes* en el estado Mérida, incluyendo bajo este nombre a todos los subgrupos de la región (*Chamas*, *Tatuyes*, *Escagüeyes*, *Guaruníes*, etc...)

Otro autor merideño, *Tulio Febres Cordero*, en su *Clave Histórica de Mérida*, o *Décadas de la Historia de Mérida*, trata en el primer tomo de dichas *Décadas* el tema de los grupos indígenas andinos que ocupaban la Cordillera a la llegada de los españoles, ofreciéndonos una enorme lista de “*tribus indígenas*” (si los autores de esa época utilizaban el término “tribu” es porque era el término de moda. Hoy la antropología procura ser más cuidadosa con este término, y ha adoptado más bien el de “*etnia*” y/o “*grupo étnico*”, que son los que están ahora de moda, como sabemos). Trató de ordenar dichas “*tribus*” por zonas, pero sin lograrlo. Esta dificultad para ordenar los grupos por zonas se debe a dos características aparentes de los españoles, una de las cuales les critica fuertemente *Julio C. Salas*: No se interesaban por descubrir la información correcta; como no hablaban las lenguas indígenas, interpretaban lo que querían y anotaban los nombres indígenas (sin saber si se trataba de caciques, de comunidades o de grupos más numerosos) con un descuido total; así mismo escribían también sin cuidado ciertos nombres que escuchaban, porque no dominaban los sonidos de las lenguas indígenas, y que tenían dificultades para reproducir oralmente y por escrito dichos sonidos. La otra característica de la toma de posesión del territorio por el español, es la costumbre que adoptaron ellos de

mudar a los indígenas de una encomienda a otra, de una comunidad a otra, lo que mezcló mucho la información original.

Febres parece adoptar también la división hecha por *Lares de Timotes* para el Estado Mérida y *Cuicas* para el Estado Trujillo (basándose ambos en *Fray Pedro Simón*, cronista que, como sabemos, conoció muy tardíamente la Cordillera Andina venezolana). Reconoce además otros grupos indígenas que ocupaban grandes partes de Mérida y Táchira y que habrían llegado en grandes oleadas migratorias “desde los Andes de Pasto en la parte superior de la gran hoya amazónica” (Décadas de la Historia de Mérida, Tomo I, p.51 de la edición de 1960). Ellos hablarían, según él, “una lengua procedente del tupi u otro idioma amazónico” (idem, p.51). Esa migración desde el Amazonas peruano se habría realizado, según él, alrededor del siglo X de nuestra era, bajo la dinastía de los Seyris, o posteriormente, a causa de catástrofes tales como terremotos o erupciones volcánicas. Llama esa invasión de nuestra cordillera “*Quichua-Guarani*” y los autores de la misma habrían sido grupos *Caquetíos y Jirahara*. Encontró de esta manera un origen *pre-quechua* para los indígenas de nuestros Andes, opinión que comparte también *Salas*. Dice *Febres* apoyarse para esta afirmación en “*la tradición incásica*” según la cual “una sola raza de indios poblaba todos los Andes en tiempos remotos”, tradición compartida también por ciertos campesinos de nuestra Cordillera, especialmente en las zonas de Lagunillas de Mérida y Apartaderos, por ejemplo, como hemos podido encontrar al hacer ahí etnografía.

Asegura además *Febres Cordero* que había también en la Cordillera “*un contingente chibcha*”, apoyándose en *Codazzi* y en las facciones semejantes de los indios de Mérida, Trujillo y Tunja (idem., p.9), pero observa que ese mismo contingente chibcha sería también de origen *quechua-guarani*, citando en apoyo a *Vergara y Humboldt*.

Julio C. Salastrató el tema no sólo de los orígenes sino también de las características socioculturales de los indígenas andinos venezolanos, en sus obras: *Los Aborígenes de la Cordillera de los Andes* (1956), *Etnografía de Venezuela* (Estados Mérida, Trujillo y Táchira), 1956, *Tierra Firme* (Venezuela y Colombia), 1908, 1971 y 1997, *Estudios sobre Etnología e Historia*, 1908 y 1971. Es más discriminatorio que *Lares y Febres* en su clasificación: Distingue en efecto lo que él llama “*cuatro grandes familias*” para nuestros Andes:

- Para Trujillo: *Timotes y Cuicas*.
- Para Táchira y sur del Lago de Maracaibo: *Motilones*.
- Para Mérida: Los *Mucus* (en Tierra Firme) o *Chamas* (en las otras obras).

Insiste en que los Timotes no son de la misma familia que los de Mérida, por no utilizar ellos el radical “*mucu*”, que es típico de la Cordillera de Mérida. Por esta razón, en su libro *Etnografía de Venezuela*, dice Salas preferir el término *Mucu* ya que su empleo es muy frecuente en la(s) lengua(s) o “dialectos” de gran número de habitantes de la Cordillera. Según él este radical sería de *origen quechua* y significaría “*gente*”, mientras que para *Lares y Febres* significaría “*lugar*”, teniendo todos la razón, pues mi propia información etnográfica, recogida en varias zonas de la Cordillera, especialmente entre los “*Indios de Lagunillas*” y en el Páramo de *Mucuchies* (donde los campesinos descendientes de indígenas utilizan todavía el término de “*nación*” para designarse a si mismos —término que, como se sabe, fue utilizado por los españoles para referirse a los indoamericanos) muestra que el término en cuestión significa: “*La tierra bonita de los antiguos (o de los nonos)*” (ver *Clarac*, 1966:27-29).

Indico en el libro “*Mérida a través del tiempo. Los antiguos habitantes y su eco cultural*” (Varios autores, J. Clarac compiladora, publicado por el CDCHT y el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes, 1996) la posibilidad también de que se trate en realidad

de dos radicales: *Mu* y *Ku*, el primero que significaría, en ciertas lenguas *chibcha* “*tierra sagrada relacionada con los antiguos*”, o “*montaña sagrada de los antepasados*” (para lo cual me baso en varios autores, especialmente *Lévi-Strauss*, *Antropología Estructural*, Cap. X y *Ronnie Velásquez*, *El canto chamánico Kuna*, en proceso de edición; se puede leer esta discusión en el primer capítulo del libro arriba citado: *Mérida a través del tiempo*), el segundo término tendría posiblemente un significado relacionado con la matrilocidad, o con el parentesco matrilineal, o con clanes matrilineales (basándome en información dada por *Ann Osborn* en su libro “*El vuelo de las tijeretas*” (1985), donde refiere el mito de migración del grupo *Tunebo*, de lengua *chibcha*) (ver *Clarac*, 1989 y 1966:25-29).

A pesar de su lazo lingüístico (de origen) con los *quechuas*, *Salas* pensaba que los *Mucus* serían de filiación más reciente *arawak*, “*con una cultura muy similar a la de los Timotes y Cuicas de Trujillo*” (ver *Salas*, *Tierra Firme*), con lo cual vemos que los distinguía a pesar de esa similitud. Siempre según él, habrían tenido una multitud de lenguas o dialectos, pero todos de la misma familia. Pensaba además que ciertas de esas “*tribus*” (utilizaba este término, lo mismo que *Lares* y *Febres* porque era el término de moda en su época) formaban verdaderas “*naciones*”, a causa del gran número de sus componentes y de “*la dependencia central de éstos de una ciudad o pueblo*”, citando como ejemplo a los *Mucuunes* de Lagunillas de Mérida, centrados alrededor de su ciudad *Jamuen*, la cual habría tenido “*tantas casas como en Roma*”, para lo cual se basa en la relación que hizo Juan Rodríguez Juárez a la Audiencia de Santa Fe de Bogotá. Es interesante observar con esto, ya que Rodríguez Juárez se refiere de hecho en dicha relación al “*pueblo de Chama*”, que *Salas* pensaba que *Jamuen* (o *Jamu*) era ese pueblo de *Chama*, alrededor de cuya ubicación ha habido tantas discusiones posteriormente (más que todo orales) entre los especialistas, aunque nosotros, en base a nuestros análisis etnológicos, aparentemente confirmados por las

informaciones arqueológicas y etnohistóricas (ver al respecto *Clarac*, 1981, 1985, *Puig*, 1996, etc...) pensamos que Jamu (ubicada a orillas de la laguna sagrada de *Urao o Yohama, o Yojama*) era la ciudad más importante de la Cordillera a la llegada de los españoles, lo que se puede deducir también de la relación hecha por *Fray Pedro de Aguado* acerca de la llegada ahí de Juan Rodríguez Juárez.

En cuanto al historiador agustino *Fernando Campo del Pozo*, basándose en *Pérez Gómez*, sitúa el pueblo de Chama en “*un arrabal de la ciudad de Mérida*”, a orillas del río Chama (ahí donde existe hoy en efecto un barrio con este nombre (ver *Campo del Pozo*, 1968:80).

Finalmente, piensa *Salas* que se podría hablar para la Cordillera Andina venezolana de “*dos grandes familias*”: Los *Mucus-Cuicas* por un lado (familia en la cual incluye a los *Timotes*, considerando así él que *Mucus, Cuicas y Timotes constituían una misma familia*, con distintas lenguas) y por otro lado los *Motilonés*, sin referirse al origen de éstos, aunque pareciera que pensaba que eran “*caribes*” (Tierra Firme, 1971, p.32). Esta confusión acerca de los “*Motilonés*” la tuvieron todos los autores hasta finales de la década de los 60 de nuestro siglo, pues pensaban todos, lo mismo que la población criolla, que los Motilonés eran caribes y se dividían en “*Motilonés Bravos*” y “*Motilonés Mansos*”. Hoy sabemos que los primeros (los “*Bravos*”, quienes estaban también en Mérida, donde resistieron a los españoles hasta el siglo XVIII —razón por la cual son todavía famosos entre los campesinos, especialmente en la zona de Jají donde existen varios “*Filos de los Motilonés*”) son los *Bari*, etnia de lengua *chibcha* y actualmente ubicada en la Sierra de Perijá. Esos Bari, después de abandonar la Cordillera de Mérida (consultar a *Lizarralde, R. y S. Beckerman* 1986:77-24; así como *Bastidas Luis* 1966:335-363) tuvieron una migración hacia el sur del Lago de Maracaibo y luego fueron empujados progresivamente hacia la Sierra de Perijá, haciéndose célebres por sus continuos ataques, a principio de nuestro siglo, a las compañías petroleras norteamericanas y a los

trenes que llevaban el petróleo a Maracaibo (ver *Roberto Lizarralde y S. Beckerman*, en *Boletín Antropológico*, Universidad de Los Andes, N°. 10, 1986), dato muy interesante y que no han sabido aprovechar nuestros cineastas, al contrario de los cineastas estadounidenses.

Hoy los *Bari* (de lengua chibcha, antes conocidos como “*Motilonos Bravos*” porque no se rindieron hasta la década mencionada (la del 60), conjuntamente con los *Yu’Pas* – “*Motilonos Mansos*”, de origen *caribe*, que viven también en la Sierra de Perijá), están siendo agredidos a la vez por hacendados criollos, por guerrilleros colombianos, por los grandes sembradores de marihuana y coca, por el ejército y, más recientemente, por una transnacional (MAICA) con grandes intereses en el carbón de esta zona, a punto de que quiere hacer echar de ahí a todos los indígenas, puesto que el gobierno venezolano anterior le ha permitido a dicha compañía internacional dividir toda la zona ocupada por los indígenas *Bari*, *Yu’Pa* y *Wayuu* (quienes siembran y tienen ahí sus aldeas) en sectores para la explotación del carbón, sin que muestren interés los políticos venezolanos, tanto los nacionales como los regionales zulianos (Ver Informe de Asociación Comunidad Motilón Bari de Venezuela en *Boletín Antropológico*, N° 44, 100-101, Mérida, 1998).

A pesar de que considera *Salas* que los términos “*chama*” y “*mucu*” son de origen *pre-quechua*, piensa que las poblaciones de dicho origen ya habían pasado a tener lenguas *arawak*, de modo que veía a los *Mucus* o *Chamas* como pertenecientes también a la familia lingüística *arawak*, lo que él ilustra con el ejemplo de las sílabas “*ay*” y “*uey*” en la Cordillera, como por ejemplo en las zonas de *Tabay* y *Escagüey*. Esta reflexión suya muestra la comprensión que tenía este investigador de la gran movilidad de los grupos humanos, de sus numerosos contactos (situación que se ha dado en todos los continentes sin exceptuar a América) y del dinamismo cultural y lingüístico que los ha caracterizado siempre. Este sería entonces el caso de los grupos

que ocuparon la Cordillera, hipótesis que también manejo, confrontando la información arqueológica que tienen actualmente nuestro grupo de investigación del Museo Arqueológico-UULA (ver, por ejemplo, a Ramos 1990; Gordones 1993:15-22; Niño 1990:36-47; Puig 1996:67-87; Clarac 1989, entre otros) con la información etnográfica recogida personalmente por mí a través de numerosos años (ver Clarac 1985; Rangel y Clarac 1987:5-16; Clarac 1990:24-39; Clarac y otros 1996:23-51). Habría habido por lo menos tres grandes olas de inmigración y asentamiento en la Cordillera de Mérida:

a) Una anterior a nuestra era y de la cual se tienen solamente algunos datos arqueológicos (cerámica encontrada sobre todo en la cuenca alta del río Chama y muy diferente a las otras cerámicas de Mérida y de Trujillo), y un dato etnográfico, según el cual *“los nonos decían que los primeros habitantes de aquí eran los peruanos... porque llevaban ruanas muy largas y gorro”* (ver Clarac 1990:24-39).

b) Otra ola a principio de nuestra era (habría entrado posiblemente por Trujillo y/o Lara) que sería probablemente *chibcha*.

c) una posterior, probablemente *arawak*, que no habría tenido tiempo de subir más arriba de Lagunillas y que, después de muchas disputas por el territorio así como alianzas con algunos grupos de la población ya asentada, se habría mezclado con ésta, adoptando muchas de sus costumbres (entre las cuales la de enterrar a los muertos en lugar de *“tirarlos al agua”*—de lagunas— y la de construir terrazas de cultivo y sistemas de riego) (ver Clarac 1990:24-39; 1996:53-62). Esta convivencia en la Cordillera de Mérida habría llevado probablemente a esos diferentes grupos a homogeneizarse política-económicamente, y sobre todo religiosamente, como lo discuto en varias obras en base a la información recibida de los actuales descendientes de Arawaks de la zona de Lagunillas de Mérida (Clarac 1981; 1985; 1990:24-39; 1996:53-62, especialmente); es muy probable que se hayan constituido una(s) nueva(s) lengua(s) en base a estos contactos

permanentes. Debemos recordar en efecto que estamos hablando de un período de más de 2.000 años, y que si comparamos con otras partes del mundo encontramos que las lenguas europeas actuales, que dominan el mundo, especialmente el inglés, el español y el francés, no existían todavía hace 2.000 años.

Debemos tomar en cuenta, igualmente, para la discusión, las condiciones topográficas de la Cordillera, que no son las mismas que las de otras regiones americanas, como, en Venezuela, los Llanos, la región guayanesa o la amazónica, es decir, las “tierras bajas” donde los grupos étnicos, en la actualidad etnográfica observable hoy por los antropólogos lingüistas, no pierden sus características étnicas y suelen comunicarse a través de intérpretes bilingües o trilingües, incluso hay comunidades enteras que son bilingües o trilingües. Sin embargo, no sabemos cuál fue la situación entre ellos en el curso de los últimos 2000 años o más. En Mérida, podemos hablar sin duda de una homogeneización religiosa y mítica que se había realizado entre los grupos indígenas desde antes de la llegada de los españoles, lo que provocó una re-estructuración muy similar de mitos y rituales en las distintas zonas de la Cordillera, cosa que se puede observar a través de las poblaciones campesinas actuales (ver Clarac 1981; 1985). Esta homogeneización cultural se habría dado igualmente en la economía (por lo menos en cuanto a las técnicas agrícolas, intercambio de productos entre los distintos niveles de producción —papa y ruba en las alturas, maíz, otros tubérculos y caraoatas más abajo— (ver Puig 1989; 1990; 1996:89-109, así como Lleras y Langebaeck 1985); se consigue incluso en el discurso de descendientes indígenas de aquellas antiguas poblaciones de Mérida, es decir en las poblaciones actuales que todavía son conscientes del proceso que llevó a su grupo particular de origen a adoptar las costumbres de grupos ya asentados en los Andes cuando llegaron sus antepasados; lo que es muy comprensible si consideramos el origen de esos distintos grupos, y las grandes particularidades de la topografía de la Cordillera. Cuando los

descendientes de Arawak de la zona de Lagunillas de Mérida indican que sus antepasados vinieron del Lago de Maracaibo, podemos comprender que sus técnicas agrícolas no eran adaptadas a la topografía andina, de modo que lo más razonable para ellos —y esto es lo que aparentemente hicieron— fue adoptar las técnicas del terraceo y de regadío que tenían los habitantes ya asentados en la zona, técnicas que son indispensables para la producción en laderas empinadas así como para impedir la erosión de los suelos (cosa que no entendieron los españoles, los cuales abandonaron el sistema de terrazas, introdujeron el arado en laderas y fueron destruyendo poco a poco muchos suelos causando erosión (ver al respecto *Clarac* 1996:53-62). Del mismo modo, adoptaron también aquellos Arawak —como lo indican expresamente sus descendientes— los rituales de enterramiento de los grupos asentados, mientras que antes “*tiraban los muertos al agua*”, costumbre esta última comprensible en un ambiente como es el de las orillas de un lago de las dimensiones del Lago de Maracaibo, mientras que no es muy adaptable a la pequeña dimensión de las lagunas de la Cordillera (ver *Clarac* 1990:24-39). El proceso de adaptación de grupos procedentes de zonas bajas a una zona con una topografía tan accidentada y particular como es la andina de Mérida, nos lleva a formular la hipótesis de que, así como tuvieron ellos que adaptarse culturalmente a una nueva realidad agrícola (terrazas con muros de contención, sistemas de canales de riego) y religiosa distinta (dioses de montañas y lagunas, asimilados a los dioses sol y luna de los chibcha), así pudieron también re-estructurar su(s) lengua(s) al tener que adaptarse a esta nueva y tan compleja situación geográfica y cultural.

Especulando *Salas* más allá del tiempo, a fin de encontrar orígenes aún más remotos para los indígenas de la Cordillera, pensaba que todos ellos —así como muchos otros, de Colombia y Venezuela— vendrían de Asia, siendo descendientes muy especialmente de los *tártaros* y *mongoles*, afirmación que apoya en ciertas prácticas, tales como:

- Enterrar a los muertos con sus armas, joyas y objetos de uso diario.
- Sacrificar en la misma tumba a esposas, esclavos y animales.
- El uso del betel (sustituido en América por la *coca*, *el ayó* o *el chimó*).

Por cierto, hace unos veinte años consumían todavía los descendientes de indígenas y otros campesinos de la Cordillera de Mérida hojas de *ayó* (nombre *chibcha* de la *coca*). Al tomar amplitud el comercio ilegal de la cocaína, el ejército destruyó todas las plantas de coca de esta Cordillera (que crecían generalmente en estado silvestre o semi silvestre) especialmente en la zona de Lagunillas y en los “Pueblos del Sur”, prohibiendo su uso.

En cuanto al origen asiático de los antiguos habitantes de nuestra Cordillera, tenemos hoy datos acerca de la presencia, en los dientes de las poblaciones prehispánicas como de ciertos sectores de la población campesina actual que han servido de muestra, del “*diente de pala*”, cuyo carácter genético y originario de ciertos grupos asiáticos ya ha sido demostrado (los trabajos al respecto están siendo hechos en la Cordillera por el odontólogo y antropólogo dental *Carlos García Sívoli*, del grupo de investigación del Centro de Investigaciones Etnológicas y del Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes (ver por ejemplo *García Sívoli* 1996:249-259).

En relación a esos antiguos grupos indígenas de Mérida quiero agregar, en honor a Salas, los datos más recientes que manejamos nosotros, en base a las investigaciones realizadas estos últimos años por nuestro equipo y por colegas colombianos: *Carlos Langebaek Rueda*, por ejemplo, de la Universidad de Los Andes, Bogotá, ha establecido las numerosas correspondencias etnohistóricas, etnológicas y arqueológicas existentes entre los Andes de Venezuela y de Colombia, los cuales pertenecerían todos a la

“*Confederación del Cocuy*”, la cual presentaba una gran movilidad a través de la amplia variedad de pisos térmicos ofrecidos por el medio ambiente andino de ambos lados de la frontera; piensa el mismo autor que los cacicazgos principales se encontraban en las zonas altas, cosa con la cual diferimos un poco, porque pensamos que, por lo menos en la Cordillera de Mérida, Lagunillas, o *Jamú*, o *Jamuen* en *Salas*, situada a 1.000 metros de altitud, habría sido uno de los principales centros político-económico-religiosos (ver al respecto *Clarac*, 1981 y 1985; *Puig*, 1996).

Encuentra *Langebaek* las mismas evidencias etnohistóricas y arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta, la Serranía de Mérida y la Cordillera Oriental en Colombia, y piensa que este proceso de ocupación simultánea de esos diversos espacios (relacionados entre sí) por una población económica, religiosa y políticamente unida, se habría realizado hacia los siglos VII y VIII de nuestra era, teniendo que ver este proceso con una expansión de grupos *chibchas* y *arawaks*, los cuales habrían establecido numerosos intercambios entre las distintas zonas geográficas y ecológicas de esta gran región cultural. En uno de sus trabajos llega a la conclusión que “*un espacio común para colombianos y venezolanos se refiere al estudio e interpretación de las más profundas raíces de una historia que en gran medida fue y es la misma...*” (por lo menos, durante unos diez siglos, del VII al XVI) (ver *Langebaek* 1988:27).

Los trabajos de la arqueóloga y etnóloga inglesa *Ann Osborn* (infelizmente fallecida hace pocos años en Colombia y que fue maestra de una brillante nueva generación de investigadores colombianos) apuntan hacia lo mismo: en su hermoso ensayo “El vuelo de las tijeretas” (1985), al analizar los mitos de origen y migración del grupo *Tunebo*, que ella tradujo del *chibcha* (recordemos que hay muchas lenguas del *tronco chibcha*), muestra como este grupo se atribuye dos focos iniciales: La Sierra Nevada al

norte de Boyacá y la Sierra de Mérida en Venezuela, ambos focos siendo de una misma tribu llamada por ellos “Uwa”. Llamarían los *Tunebo* en su mito –siempre según *Osborn*– a la Serranía de Mérida “*la Mujer Joven del sol*”, pues la identifican, en términos cosmogeográficos, como sitio del solsticio de junio. Por esta razón los *Tunebo* llaman a sus antepasados de Mérida “*Thakuwa*”, término que significaría “*gente mayor*” o “*gente hacia atrás*” y su migración hacia Colombia se habría realizado desde una montaña en Mérida cuyo nombre ceremonial habría sido “*Karo-Uwa*”, y desde una laguna que *Osborn* identifica como siendo probablemente la de *Mucubají*. Dicha migración se habría realizado bajando hacia Barinas (zona de *Pedraza*). Por cierto, los primeros trabajos realizados por nosotros en Mérida en estaciones de arte rupestre (petroglifos) nos permiten establecer una relación entre tales estaciones y las de Barinas (*Pedraza*, *Bum-Bum*, *Capitanejo*, etc.), las de Táchira y las de Colombia.

Es decir, los investigadores colombianos también apuntan hacia la presencia prehispánica de grupos étnicos chibcha y arawak en nuestro Andes (incluyendo a Trujillo y Táchira) manejándose hoy la hipótesis, en las discusiones actuales de la arqueología venezolana, según la cual esos grupos estarían de igual modo en los espacios de los estados hoy conocidos como Lara y Portuguesa y el piedemonte de Barinas, así como en ciertas zonas de Zulia, es decir: el Occidente de Venezuela.

Nuestra propia información etnográfica apunta en el mismo sentido: Aquí se habría instalado con toda probabilidad grupos de lengua(s) *chibcha* y de lengua(s) *arawak*, lo que no impide que, anteriormente a la llegada de esos grupos hubiesen estado otros en la Cordillera, como parece apuntar la cerámica del alto páramo de Mérida, y como tuvo también la intuición *Julio C. Salas*: En efecto observa (p.159 de *Tierra Firme*, 1971), hablando de colecciones arqueológicas, y refiriéndose muy especialmente a “*la pequeña pero interesante colección del inteligente Doctor Tulio Febres Cordero*,

muy digna de estudio por contener piezas que, a pesar de haber sido exhumadas en las mismas localidades, deben referirse a raza más antigua que la encontrada por los españoles conquistadores...” con lo cual muestra su comprensión histórica de que no son necesariamente los mismos grupos que ocupan los mismos espacios a través del tiempo. En efecto, nuestra especie humana se ha caracterizado desde sus inicios más remotos por una enorme movilidad a través del espacio, por su gran capacidad migratoria y adaptativa, que la ha llevado a poblar todos los continentes y los polos, y que nos llevará algún día, probablemente, a poblar otros horizontes de nuestro universo galáctico.

En cuanto al historiador y monje agustino *Fernando Campo del Pozo*, distingue también a los habitantes de Mérida de los de Trujillo. En sus libros se consigue información que él saca de los archivos agustinos de Mérida, Bogotá, Caracas, Madrid, etc., según la cual los españoles, al conquistar la Sierra Nevada de Mérida, tuvieron la impresión de estar todavía en la misma región “*muisca*” de la Sabana de Bogotá, de modo que sus primeros doctrineros agustinos se trajeron el catecismo en lengua muisca para adoctrinar a los indios de Mérida, dándose cuenta posteriormente, sin embargo, que había diferencias lingüísticas. *Fernando Campo del Pozo* nos informa que esos doctrineros agustinos percibieron la situación lingüística de la Cordillera de Mérida del modo siguiente: Había muchos dialectos y/o lenguas, pero había una lengua en común entre todas las poblaciones de la cuenca del río Chama: el *Mucuchi*; y otra en común entre los habitantes de los pueblos del sur de la Cordillera: la lengua de *Aricagua* (término que, según este mismo autor significaría en chibcha “*fuelle de oro*”), razón por la cual hicieron esos monjes dos catecismos en lengua indígena para la región merideña, los cuales fueron utilizados por ellos hasta finales del siglo XVIII (infelizmente, tales catecismos no se consiguen hoy en ningún archivo).

Esas lenguas tendrían muchas palabras del *chibcha* y del *arawak*, como apunta *Campo del Pozo* y como apunta también *Salas*, y como podemos encontrar nosotros todavía en Mérida en el habla campesina, especialmente en lo que trata de nombres de lugares, de animales, frutas, árboles, plantas, ciertos objetos artesanales... Todavía quedan incógnitas, sin embargo, que estamos procurando aclarar a través de un equipo pluridisciplinario bioantropológico, arqueológico, etnológico, etnohistórico, etnolingüístico...

En la arqueología, por ejemplo, se presentan aparentemente, en la *Cuenca del Chama*, dos grandes contextos diferenciados: Uno que iría de la Pedregosa a Mucuchies y Chachopo, (*Cuenca Alta del Chama*), otro que iría de Lagunillas de Mérida hacia abajo (*Cuenca Baja del Chama*), lo que coincide con lo observado por los españoles cuando llegaron y compararon fenotípicamente estas poblaciones. Y los llamados "Pueblos del Sur" en esta misma cordillera? ... Sólo recientemente nos hemos lanzado a explorar esta zona, que nadie estudió anteriormente. Pronto tendremos posiblemente datos interesantes al respecto, pero, a pesar de lo reducido de nuestras exploraciones de esa área, los indicios encontrados hasta ahora nos indican que se trata del mismo contexto arqueológico que en la Cuenca Alta del Chama.

Sin embargo, deseo plantear aquí una hipótesis que he estado formulando y que siempre someto a los jóvenes investigadores de mi equipo:

Si no olvidamos a) que los grupos humanos son esencialmente migratorios y que unos siglos no representan nada en la historia humana, b) que, al entrar en contacto los grupos humanos entran en contacto también sus lenguas, y generalmente nacen nuevas lenguas de tales contactos, cuando son prolongados (por ejemplo, las lenguas que se hablan hoy en la tierra no son las mismas que se hablaban hace 1.000 o 2.000 años, ni en los mismos sitios, ni en los mismos

grupos), c) que las lenguas evolucionan, cambian (piénsese en las lenguas que dominan hoy nuestro planeta, el inglés, el español, el francés, no existían hace 1.500 años y eran muy distintas hace 500 años), podemos perfectamente pensar que aquí en Mérida han podido estar en contacto poblaciones de varias lenguas, pero que, en base al contacto permanente e intercambios económicos entre ellas, por las razones indicadas más arriba, han cambiado y han podido surgir en la Cordillera una, dos o más lenguas, procedentes a la vez de los troncos *chibcha*, *arawak* y *quizás caribe*, y tal vez *quechua*, o *pre-quechua* como sugirieron *Salas y Febres*... Tal vez el *Mucuchi* fuera una lengua surgida de ese modo, como re-estructuración de varias otras, y así como se formaron probablemente varias nuevas lenguas en la Cordillera, habiendo podido repetirse el proceso al llegar los españoles e imponer la suya: ha podido surgir una —o varias— lengua(s) del tipo que hoy llamamos “*pidgin*”, y luego, de una estructuración del *pidgin* salir alguna(s) lengua(s) de las que hoy llamamos “*criollas*” (*creole*). Podríamos considerar como hipótesis que el caso del “*chontal*”, que nos ha ocupado estos últimos años y que todavía no se ha aclarado de modo satisfactorio, haya sido un caso de *pidgin* o de “*creole*” en formación.

Salas observó también el fenómeno, aunque no supo interpretarlo para la época (no había entonces los conocimientos lingüísticos que hay ahora, menos en cuanto a los estudios acerca de los “*pidgin*” y las lenguas “*creole*”). Hace en efecto la reflexión que las comunidades donde “todavía” se hablaba una lengua indígena en su época, ésta se encontraba ya “deformada” por haberse apropiado de palabras del español “mal pronunciadas”, cosa que él deploraba...(Tierra Firme, 1971).

Por cierto *Esteban Emilio Mosonyi* (en *B. Pottier: América Latina y sus lenguas indígenas*, 1983) hace la reflexión siguiente: A saber que los indígenas (se refiere a los indígenas actuales):

“...imitan la fonética del español, pero puede ocurrir que su pronunciación nos parezca rara y borrosa... da la impresión que tuviesen algún defecto articulatorio, algún desperfecto fisiológico por el cual la imitación no sale bien, pero nos damos cuenta de que se trata de una reproducción incompleta y fallida del mismo sistema fonológico que conocemos y habitualmente utilizamos.” (Ibidem, p. 368).

Es importante esta reflexión de una de las autoridades reconocidas en antropolingüística actual de América del Sur, *Esteban E. Monsonyi*, pues nos sitúa en el corazón de un problema cuya naturaleza no ha sido entendida por los investigadores hasta el momento: el problema de los “*Chontales*” de nuestra Cordillera, referidos por los documentos de la Colonia y referidos también hoy por los campesinos merideños, especialmente en zonas del Páramo de Mucuchíes, o de San Rafael de Mucuchíes, pero también en los Pueblos del Sur de la Cordillera. En efecto, los campesinos, lo mismo que los lingüistas que empezaron a acercarse al problema, confunden a menudo esos “*Chontal hablantes*” con hablantes con defectos físicos: Para ellos, “*hablar chontal*” o “*hablar con dificultad por algún defecto de pronunciación, o “ser tartamudo, o idiota*”, son equivalentes, como lo eran para los antiguos griegos de la época clásica los “*bárbaros*” que hablaban mal el griego. (“*Bárbaro* significa, como se sabe, “*tartamudo*”...).

Si agregamos a este prejuicio en la percepción del “*Otro hablando*” la imposición hecha por el español de su propia lengua como “*lengua culta*”, “*única lengua posible*” porque “*lengua cristiana*” versus “*lengua pagana*” (no lengua) (al extranjero que habla en su lengua dicen los venezolanos que lo escuchan: “*Hable cristiano*”) y por otro lado la consecuencia creada por la historia colonial y colonizada, en la figura de lo que nosotros antropólogos llamamos “*vergüenza étnica*”, se entiende que: a) los habitantes de la

Cordillera traten de ocultar a sus “*Chontales*”, porque se avergüenzan de ellos frente al extraño, b) que los mismos habitantes consideren que tales chontales hablan como tartamudos o idiotas, c) que se burlen de su forma de hablar, sin percatarse de que ellos mismos hablan también a menudo de modo raro (ver al respecto *Francisca Rangel*, Primer informe sobre Indios Chontales en Mérida, 1989).

Quisiera terminar con otro prejuicio que a mi parecer han tenido también los historiadores, lingüistas, etnólogos y arqueólogos en su intento de clasificar a los grupos amerindios: El de haber dado por sentado que lengua y cultura van necesariamente asociadas, por lo que las familias lingüísticas sirvieron para clasificar a los grupos étnicos de América, sin tomar en cuenta el fenómeno cultural, el fenómeno migratorio y el fenómeno de pérdida de lenguas y re-estructuración de nuevas lenguas, o adopción de la lengua del vecino. Así como los frailes agustinos creyeron encontrarse en región “*muisca*” al llegar a Mérida a fines del siglo XVI, por la similitud que tenía ésta, en su percepción, con la cultura de la Sabana de Bogotá, a pesar de que se dieron cuenta luego que había varias lenguas diferentes del muisca en la Sierra de Mérida, así podemos considerar que pudieron tener una cultura semejante los habitantes de Mérida, Trujillo, Táchira, e incluso Zulia y Barinas, a pesar de hablar lenguas diferentes entre sí y tenían tal vez, como sucedía en los mercados indígenas de las orillas del río Orinoco durante la Colonia, una lengua en común como anota *Campo del Pozo* al referirse al *mucuchi* como lengua común de toda la Cuenca del Chama.

Del mismo modo pudieron estructurarse nuevas lenguas en el curso de los siglos, en base a lenguas del tronco *chibcha*, del tronco *arawak*, y probablemente de otros troncos lingüísticos también.

Bibliografía

AGUADO, Fr. Pedro de.

1963. Recopilación historial de Venezuela, tomo II, Libro 11: "Descubrimiento de las Sierras Nevadas", Caracas. Publ. de la Academia Nacional de la Historia, N° 63.

BASTIDAS, Luis.

1996. "El encuentro Itinerario de la conquista española. Resistencia indígena", en Mérida a través del tiempo, (Los antiguos habitantes y su eco cultural), comp. J. Clarac de B., Mérida, Publ. del CP, CDCHT, y Museo Arqueológico- ULA, Parte II, Cap. 1, 281-306.

1996. "Conquista "pacífica" y zonas de refugio", en *Ibidem*, Mérida, Parte II, Cap. 2, 307-334.

1996. "La resistencia cultural y lingüística", en *Ibidem*, Mérida, Parte II, Cap. 3, 336-363.

CAMPO DEL POZO, F.

1979. Los Agustinos en la Evangelización de Venezuela, Caracas, Publ. de la Univ. Católica Andrés Bello.

CLARAC DE BRICEÑO, J.

1981. Dioses en Exilio. Representaciones y Prácticas simbólicas en la Cordillera de Mérida. Caracas, Fundarte.

1985. La persistencia de los dioses. Etnografía cronológica de los Andes Venezolanos. Univ. de Los Andes, Mérida, Ediciones Bicentenario.

1989. "El contexto arqueológico y etnológico del sitio arquitectónico de la Pedregosa Alta, en Boletín Antropológico, Mérida, Publ. del Museo Arqueológico, Univ. de Los Andes, Número especial.

1990. "Los Arawak en la Cordillera de Mérida" en Boletín Antropológico, Museo Arqueológico-ULA, Mérida, N° 18, pp. 24-39.

1996. "Las antiguas etnias de Mérida" e "Invasión arawak de Mérida. Comparación con la modalidad de la invasión española" en Mérida a través del tiempo (Los antiguos habitantes y su eco cultural. (Recopilación y co-autoría), Univ. de Los Andes, Mérida, Publ. del CP, CDCHT y Museo Arqueológico-ULA.

FEBRES CORDERO, T.

1960. Procedencia y lengua de los Aborígenes de los Andes Venezolanos. Década de la Historia de Mérida, Tomo I, Mérida Edit. Antares.

GARCÍA SÍVOLI, C.

1996. "Algunos aspectos sobre antropología dental en poblaciones autóctonas prehispánicas y del siglo XX en la región merideña" en Mérida a través del tiempo (Los antiguos habitantes y su eco cultural. (Recopilación y co-autoría), Univ. de Los Andes, Mérida, Publ. del CP, CDCHT y Museo Arqueológico-ULA, pp 249-260.

GORDONES, Gladys.

1992. "La etnicidad en las sociedades prehispánicas de los Andes merideños" en Boletín Antropológico, Publ. del Museo Arqueológico, ULA, Mérida, N° 28, pp. 15-22.

LANGEBAEK RUEDA, C.

1987. "Tres formas de acceso a recursos en territorio de la Confederación del Cocuy, siglo XVI", en Boletín del Museo del Oro, Bogotá, Ed. Banco de la Rep., N° 18, 29-45.

1988. "Colombia y Venezuela Precolombinas", en El Correo de los Andes, Bogotá, enero-feb., 49, 24-27.

LARES, J. Ignacio.

1950. Etnografía del Estado Mérida, Mérida, Ed. de la Dirección de Cultura-ULA (1ª. Ed. en 1883).

LLERAS, R. y LANGEBAEK.

1985. "Producción agrícola y desarrollo de la Cordillera Oriental y Serranía de Mérida", en Chiefdoms in the Americas, Univ. Press of America, Drennan and Uribe Edits.

MOSONYI, Esteban E.

1983. "La situación de las lenguas indígenas en Venezuela y en el área del Caribe" en B. Pottier, América Latina y sus Lenguas Indígenas, Caracas, UNESCO y Monte Avila Editores, Parte Quinta, Cap. II, 361-379.

NIÑO, Antonio.

1990. "Presencia de talleres de placas aladas en la cuenca alta del Chama Cordillera Andina de Mérida" en Boletín Antropológico, CIET-Museo Arqueológico, ULA, Mérida, N° 20, pp. 36-47.

OBEDIENTE Y OTROS.

1998. El habla rural en la Cordillera de Mérida, Mérida, Publ. del CIET-Museo Arqueológico, Univ. de Los Andes.

OSBORN, Ann.

1985. El vuelo de las tijeretas, Bogotá, Fund. de Investig. Arqueológicas Nacionales.

POTTIER, Bernard.

1983. América Latina y sus Lenguas Indígenas, Caracas, UNESCO y Monte Avila Editores.

PUIG, Andrés.

1990. "Evidencias geográficas de la agricultura prehispánica en el Valle del Chama", en Boletín Antropológico, Mérida, Publ. del Museo Arqueológico, Univ. de Los Andes, N° 16.

1996. "Los patrones de asentamiento", en Clarac de Briceño, J., Mérida a través del tiempo (Los antiguos habitantes y su eco cultural), Mérida, Publ. del CP. CDCHT y Museo Arqueológico, Univ. de Los Andes, Cap 3, 63-87.

1996. "La tecnología agrícola prehispánica" en Mérida a través del tiempo (Los antiguos habitantes y su eco cultural), Mérida, Publ. del CP. CDCHT, Museo Arqueológico- ULA. Cap. 4, 89-110.

RAMOS, Elvira

1990. "Excavaciones arqueológicas en el cementerio indígena de Llano Seco" en Boletín Antropológico, CIET-Museo Arqueológico, ULA, Mérida, N° 17.

RANGEL, Francisca.

1989. "Primer informe sobre Indios Chontales en Mérida" en Boletín Antropológico, Mérida, Publ. del Museo Arqueológico-ULA, N° 17, 12-16.

RANGEL, Francisca y CLARAC, J.

1987. "Censo de población indígena del Municipio Autónomo Lagunillas, Mérida" en Boletín Antropológico, Mérida, Publ. del Museo Arqueológico-ULA, N° 12, 5-16.

SALAS, Julio César.

1956. Etnografía de Venezuela (Edos. Mérida, Trujillo y Táchira, Los aborígenes de la Cordillera de los Andes), Mérida, Publ. de la Dirección de Cultura- ULA, N° 34.

1971. Tierra Firme, Venezuela y Colombia, Estudios sobre Etnología e Historia. Mérida, Publ. de la Fac. de Humanidades ULA (2da. ed. en 1997).

COMUNIDAD BARI

1998. "Informe de Comunidad Asociación Motilón BARI de Venezuela" en Boletín Antropológico, CIET-Museo Arqueológico, ULA, Mérida, N° 44, pp. 100-101.

RESUMEN

Se intenta analizar los datos (de finales del siglo XIX y principios del XX) referentes a la(s) familia(s) lingüísticas de pertenencia de los grupos autóctonos de la Cordillera de Mérida (Venezuela), aportados por José Ignacio Lares, Tulio Febres Cordero y, sobre todo, por Julio César Salas. Estos se preocuparon por el origen de los indígenas de esta región y conocieron personalmente a unos descendientes de ellos que todavía hablaban algo de su(s) lengua(s), comparando esta información con la de los investigadores más recientes y la de la propia autora. Elabora esta una hipótesis según la cual el desconcierto de historiadores y lingüistas acerca del problema lingüístico que siempre presentaron esos grupos a los investigadores, se debe a que estos últimos han considerado que la(s) lengua(s) de aquellas poblaciones tenía(n) que ser necesariamente o del tronco chibcha o del tronco quechua o del tronco arawak o del tronco caribe, sin ver que pasó suficiente tiempo y hubo probablemente suficientes encuentros étnicos en la Cordillera de Mérida como para haber generado ahí nuevas lenguas, fenómeno que ha podido repetirse en esta zona a partir de la imposición del español; asoma la autora incluso la hipótesis que el polémico "chontal" de Mérida haya podido ser un "pidgin" al principio y luego una lengua "criolla" (creole) en formación sin que lo percibieran los investigadores anteriores y actuales

Palabras Claves: Cordillera de Mérida, Indígenas, chontal, pidgin, lengua, creole, Muku-chama.

Abstract

The author of the present article analyzes data referring to the linguistic family or families of autochthonous groups that lived in the Merida Cordillera of Venezuela. This information was brought by authors such as Jose Ignacio Lares, Tulio Febres Cordero and especially Julio Cesar Salas, who at the end of the last century and the beginning of the present were concerned with the origin of the indians of this area and who personally met some of their descendents, that still spoke their native tongues. The intention is to compare this information with the data of the recent researchers, including the author's.

She elaborates a hypothesis where she points out, that the confusion that historians and linguists have had in regard to the linguistic problem that these groups have always presented to the investigators, may be due to the fact that they have always considered the languages spoken by these people as coming from a chibcha, quechua, arawak or caribbean origin, without considering that enough time had passed, and probably enough ethnic encounters had taken place in the Cordillera, as to bring forth new languages, a phenomenon that could have occurred as soon as spanish was imposed in this region. The author suggests the possibility, that the polemic "chontal" of Merida could have been at the beginning a "pidgin" and after a "creole" language in formation, and that this fact could have been overlooked by the former investigators as well as the present ones.

Key Words: indigenous, Merida Cordillera, chontal, pidgin, creole language, Muku-Chama.